

*Literatura*La inconclusa ⁽¹⁾

(Fragmentos de una novela inédita)

Había tardes en que coincidían en el costurero de Mercedes los tres más viejos y más leales amigos de la casa.

El doctor Mendibil, matemático, que desde la Universidad había tendido hacia la especulación; aunque diplomado, no era profesional, y menos aún especialista; apasionado por el estudio, por el placer de estudiar, había llegado a reducir, sin saberlo y sin preocuparse de ello, sus necesidades materiales a la más simple expresión; no despreciaba el dinero; era simplemente que lo ignoraba; compadecía suavemente a quienes dilapidaban la vida en perseguirle, sin que ésto impidiera que pusiera su ciencia en servirles cuando, como era muy frecuente, acudían a su

(1) Nuestro incógnito colaborador **Ramiro el Monje**, nos ha dirigido la carta que a continuación se publica, acompañada de los fragmentos de novela en élla aludidos. Creemos, aunque afirme lo contrario en su carta, que los dichos fragmentos pertenecen a don Ramiro.
N. de la R.

Cañasgordas, septiembre 30 de 1936.

Mi querido José:

Los pliegos que van por este mismo correo, rotulados al Administrador de la REVISTA DEL ROSARIO, los hallé hace cosa de tres años revolviendo papeles en un baúl olvidado que encontraron unos peones de esta finca al desocupar el zarzo del granero.

Esperaba yo para publicarlos, dar con el complemento de ellos, o al menos ponerme en el rastro de su origen. En intimidad, los he mostrado a algunos amigos conocedores en achaques de letras, estilos y papeles viejos. Divagamos mucho, pero no pudimos llegar a nada concreto. El baúl, es de cuero de factura tosca y muy antigua y sobre la tapa tiene grabadas en tachuelas de cobre las iniciales H. V. Q. Estas letras, nos han hecho pensar en los Quirós y en los Velascos, apellidos españoles tan comunes en el sur de Colombia y que lleva-

modesto gabinete atestado de libros y de minerales, a solicitar su ayuda para hallar una corriente de agua perdida, el ignorado filón de una mina, a conocer el análisis de un producto industrial, en fin, a buscar el camino de "El Dorado" que cada humano lleva adentro y que ha de darle con qué realizar en esta tierra su sueño de grandeza.

Sus diversos y numerosos viajes por Colombia, sus lecturas variadas, encaminadas por distintas sendas y sobre todo su vicio de pensar en el principio y en el más allá del hombre, daban a su trato y comunicaban a su figura algo nada común que atraía a las almas nobles e imponía un extraño e instintivo respeto en las gentes vulgares.

ban en su escudo, el orgulloso y blasfemo lema que decía:

"Antes que Dios fuera Dios,
y los peñascos, peñascos,
los Quirós, eran Quirós,
y los Velascos, Velascos".

¿No pertenecería el manuscrito, a alguno de los miembros de estas familias?, fue la pregunta que primeramente nos hicimos. Sin embargo, las cosas no debieron haber sucedido así, como creímos en el primer momento, tras una lectura superficial, y antes de haber hallado, —bien deteriorado por cierto— el pedazo de capítulo llamado "El Anticuuario". Nos sugestionamos sin duda por el hecho de haberse verificado el hallazgo en una dependencia de esta casa de Cañasgordas, una de las más antiguas de la comarca y que sirve de escenario a la célebre novela de Eustaquio Palacios. Pero Tulio Enrique Tascón ha opinado que el papel en que están escritos estos que parecen capítulos de una novela, es papel del usado más comunmente en el siglo XIX. Y Mario Carvajal juzga, acertadamente en concepto mío, que el contenido de estos fragmentos de novela —porque conato de novela lo es indudablemente—, revela un tema de fines del mismo novecientos y de ninguna manera un asunto colonial al estilo de "El Alférez Real".

He creído últimamente que la única manera de aclarar el enigma, es denunciarlo al público, como lo hago, si tú no dispones otra cosa, en la famosa REVISTA DEL ROSARIO. Consulta siempre el punto con Salvador Iglesias, a quien también escribo sobre el particular y no intentes saber por ahora quién es el verdadero autor de esta carta. Algún día lo sabrás. Conténtate por hoy con la "chiya" que te proporciona este amigo tuyo de quien pronto oirás hablar,

RAMIRO EL MONJE.

Juan Manuel Rendón había sido desde el colegio el más íntimo amigo del marido de Mercedes. Juntos habían seguido luego los estudios de Derecho, y aunque una vez terminada la carrera, habían ejercido en centros distantes uno de otro, su amistad no se había entibiado y después de la muerte de Francisco la lealtad y la admiración de Juan Manuel escoltaban su memoria, y procuraba él servirla protegiendo con su sombra y su consejo el entristecido hogar de los Heredias. Era una naturaleza reflexiva; tenía una visión triste pero grande de la vida, a la que consideraba prolongada más allá de la existencia material, sin haber podido llegar en sus largas cavilaciones a precisar los contornos de ese más allá que le obsesionaba. Como Juez, primero, en su bufete, luego se había habituado a escuchar con interés las cuitas de los hombres, y a perdonar con benevolencia las debilidades humanas. El trajín del vivir, lejos de hacerle escéptico había hecho crecer su alma hasta alcanzar la blanca cima de la serenidad.

El único alegre y el más joven de los tres tertulios era Osorio, el clérigo salido hacía apenas seis años del seminario. De un talento agudo y pronto, veía ya la faz cómica de los hombres, las cosas y las situaciones. Su fe robusta libertaba su camino de los tropiezos de la duda, único tormento del alma de Rendón; su caridad desordenada y constante y su piedad sencilla, daban escape a sus energías y ocupación a sus horas; servir, servir a todos por un impulso natural en su sér, parecía la divisa de su escudo. Como Mendibil el sabio, era muy niño, y así los tres, espiritualistas todos, aunque buscando la altura por diversas vías, se entendían, se compenetraban, se completaban, y bajo el fino y suave influjo de una mujer de raza, solían encontrarse en los crepúsculos melancólicos, en el cuarto de costura donde cada cual tenía su puesto fijo, y allí desplegaban y recogían sus alas; chocaban a veces sus armas siempre nobles, pero no siempre enderezadas en igual sentido, y solían reír, con amargura templada por la benevolencia el letrado, con ironía burlona el clérigo, con fresca ingenuidad el sabio. En Mercedes sólo aparecía la sonrisa, que la risa abierta se quebraba en sus labios al tropezar su vista con los ojos graves y profundos de aquel retrato de hombre que daba frente a su silla, o con las cabezas juveniles de Santiago y de Susana.

—¿Encendemos la luz mamá?, dijo Susana levantándose en ademán de torcer el interruptor.

—No hija, tú sabes, a estos señores les molesta en los ojos... Además, es tan agradable conversar a media luz.

—Entonces, suspenda usted la costura, señora, va a dañarse la vista.

Sonrió Mercedes agradecida al doctor Mendibil, y con esmero maternal y experto dobló el tejido de lana, lo envolvió en un pañito blanco y cuidado y lo puso al lado en el costurero oloroso a viejo que había guardado con la labor manual de tres generaciones de abuelas, las cartas de los varones ausentes en la guerra o en los lejanos campos de trabajo.

El resto de luz que venciendo los tejados y los campanarios de la ciudad, traía hasta la parte alta —un débil fuego del sol que se moría allá abajo en el confín de la sabana—, medio alumbraba el aposento, en donde la sombra ganaba por momentos; los objetos se hacían más y más imprecisos, en tanto que las cabezas de los concurrentes diseminadas en el ambiente se marcaban con mayor fijeza y las líneas de los cuerpos se consumían en la oscuridad adivinándose apenas.

No me gusta, Mercedes, el giro que va tomando lo de Siatama; la llegada de Fernando, lejos de facilitar la solución parece entorpecerla. Hemos tenido ya dos conferencias sin llegar a nada práctico, y aquí que hemos hablado siempre en plena intimidad, podemos seguir adelantando trabajo entre todos.

No sorprendieron a ninguno las palabras de Rendón cuyo fondo conocían todos los circunstantes, de muchos años atrás, y a través de la discreción del Abogado sintieron aproximarse la línea del peligro.

Tras un breve silencio Mercedes fijó la mirada en los dos muchachos que salieron del aposento y pronto sus siluetas se perdieron en la semioscuridad del corredor.

Pero ¿qué hacemos, Juan Manuel? Si dejamos seguir corriendo las cosas, cada día las agravamos; si afrontamos la cuestión como entre extraños, producimos una ruptura con mi hermano que vive en mi propia casa; hacemos un escándalo que yo creo perjudicial a mis hijos, cuyos intereses materiales al mismo tiempo perecen por el camino que forzosamente hemos llevado.

En la vecina alcoba estudiaba Santiago una lección de geometría, sin desatender del todo los ecos de la conversación cuyo hilo, que hacía tiempos se trababa en la trama de su vida, acababa de cortar su madre como tantas otras veces, dejando siempre en su espíritu en formación una repercusión de amargura que se acentuaba, que tomaba cuerpo de día en día.

Cerró el libro, con la frente pegada a la barandilla de la cama murmuró una oración, apagó la luz, y como siempre, en aquel momento se le impuso la idea obsesionante; la idea del

porvenir. Sería él el hombre de la casa, el que necesitaban su madre y su hermana, el que debía reemplazar al padre, el que anunciaban los amigos de la casa, cuando le miraban hondo a los ojos, a veces con fe, vacilantes a veces.

—*El otro, el otro sí que era audaz...* Ah! el otro... Se incorporó medio dormido, había dicho eso alguno en la pieza vecina en aquel momento o era que soñaba? Bajo la duda sempiterna le venció al fin el sueño una noche más.

EL ANTICUARIO

Alvaro Carrión, el primo de las Rimolo, era reputado, además como perito en genealogías y gran conocedor en antigüedades. No pertenecía sin embargo, a la primera categoría, que estaba representada por Daniel Zorrilla, cincuentón que había alcanzado a ser admitido a la amistad, y, según él, hasta gozado de la confianza de Urdaneta, de Pardo, de Espinoza, y del clérigo Umaña, artistas de verdad cuyas colecciones representaban lo mejor que poseía la ciudad, y servían de término de comparación a los pocos medianamente entendidos, y a los muchos que sin entender jota se agarran a la tabla de ciertas aficiones delicadas para pasar por ella de una posición a otra, o para no caerse cuando van de bajada. Recurso fácil, y al cabo inocente, a que había apelado hasta convertírsele en sustancia, Ramiro A. Maza C., en su infancia Antonio Maza Calvo, R. A. Maza C en las chequeras, Ramses en las breves e insustanciales notas de teatro que publicaba cuando había compañía de cualquier cosa en el Colón o el Municipal, R. A. M. C. cuando quería despedir a un amigo para Europa, o saludar a un par de novios aristocráticos que le invitaban a probar el pastel de boda, Calvete, en fin, para sus sonrientes amigos de la "high" que explotaban las inofensivas vanidades de ésta en el fondo y en realidad excelente persona que venía en línea directa, honorable y legítima de un pulpero de la plaza de mercado, pero a quien *sotto voce*, habían hecho creer, no sin su propia complicidad y consiguiente complacencia, que dimanaba su origen de más alto aunque más torcido palo, pues según él y ellos, procedía de un lío amoroso del terrible general Maza con una dama de altísima alcurnia (aquí se dividían a lo infinito las conjeturas), cuando la entrada de los Rifles a Pasto. Lo que daba lugar a que el pusilánime Calvete, envuelto en este ambiente sacro-profano, se sintiera un matroz, y acabara por condensarse para sí y para los demás, en una personalidad artificial que llegó, como su

nombre de pila metamorfoseado, a ser su verdadera y única persona.

Maza C. daba aquella tarde un té en su *departamento* de la calle 12, con el objeto de enseñar a sus relaciones y a quienes quería matricular en su *Compañía*, su última *trouvaille*: un Figueroa auténtico que a fuerza de maña y diplomacia... y algo de dinero, añadía él con discreta insistencia, había logrado sacar al prior de los Dominicos. Había descubierto aquel San Nepomuceno, confesando a la reina en un rincón de la sacristía de Santo Domingo, mientras buscaba, con permiso del guardián su amigo, vamos un fraile muy listo y muy viajado!, un pedazo de cornisa vieja para restaurar el marco de su Vásquez favorito, pues, como todos sabían, una criada estúpida había desperfectado uno de los motivos del marco primitivo con el palo de la escoba.

—“¿Quién es esa chica nueva?”, preguntó Pablo señalando con los ojos, a una muchacha como de 18 años, que en ese momento se detenía con aire atento y no exento de cortedad, a oír la explicación que de un objeto que podía ser calificado de lo que se quisiera, y que los conocedores habían convenido en que fuera una licorera del general Santander, le hacía Alvaro con gran profundidad y grave aplomo.

Es la sobrina de Parga, respondió el *jabalí*. Gente de veras, de la que ya se encuentra poca. Dá lástima ver entrar a este abismo de nuestro alto mundo, algo tan delicado como ésto. Animales finos, ahí, están las manos y los *atches* que lo digan.

Dicen que esta gente está arruinada, añadió Pablo, siguiendo con su vista cansada a la pareja que a pasos lentos y de cara a la pared, atestada de cachivaches, continuaba la inspección.

—“Qué importa, dijo el *jabalí* acentuando las palabras con un duro ademán de hombros, gente así está siempre por encima del dinero y sus miserias; en eso reside su superioridad, y si no, ahí tienes: hoy para esta pequeña reunión en que falsos artistas y aristócratas de pega nos han traído aquí para divertirse y matar un rato de tedio, haciendo lucir la pobre vanidad de un mentecato, frente a un cuadro falsificado probablemente, no han podido prescindir de traer a la viuda de Heredia y a su hija... y a mí. A ellas para honrarse con su compañía y dar algún tono, cierto fondo severo a este conglomerado de rastas que no saben sino hablar mal unos de otros, espiarse mutuamente, imitar, generalmente mal, los últimos figurines... vamos, la lengua austera y la moda levemente pasada de las de Heredia les desconcierta y les domina, y el ácido corrosivo de mi

vida, verdad, es un condimento que hace falta a la invencible insulsez de estos pobres diablos. Pobres gentes!, quisieran ser mejores de lo que pueden ser, pero hace rato que perdieron el camino, y ya lo que es en esta vida ya no lo encuentran.

—“Gracias por lo que me toca”, murmuró Pablo, tratando de escampar el chubasco.

—Yo no tengo la culpa, hijo..., ni tú tampoco. Sin cuidarse de la respuesta, dio el Jabalí la espalda a su interlocutor y pasó al escritorio, convertido en *fumoir*, donde sentados en sillitas abaciales departían varios de los concurrentes.

—“Qué es esto?”

—Es la pipa del Libertador, respondió uno de los concurrentes, señalan...

